

LA MADRE DE FAMILIA.

REVISTA
MORAL Y RELIGIOSA.

CON LA
aprobación eclesiástica,
y bajo la dirección
DE

E. Lozano de Vilchez.

Granada.—Darro del
Campillo, 15.

Contendrá artículos
de costumbres, nove-
las, poesías, sección
doctrinal, y cuanto
juzguemos á propósi-
to para la instrucción
religiosa, la enseñan-
za y el recreo.

Este periódico sal-
drá los días 8, 14, 23 y
30 de cada mes, y cons-
tará de ocho páginas
en igual tamaño al de
este prospecto.



SU PRECIO
ES EL
DE UN REAL AL MES
EL MÁS BARATO
que se publica en España.

Los pagos se harán
de cuatro en cuatro
meses para facilitar de
este modo á los señores
suscriptores la adquisi-
ción de las tarjetas es-
tablecidas para pago
de periódicos, y que se
expenden en todos los
estancos; admitiéndose
también los pagos
en sellos de franqueo
de 10 y 15 céntimos.

Suplicamos á los
señores que quieran
suscribirse, que al
darnos el aviso mar-
quen bien su nombre
pueblo de su residen-
cia y provincia á que
pertenece.

30 de Octubre de 1878. DIRECTORA, ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ. Año IV. Número 24.

IMPORTANTE.

Deseando complacer á los
numerosos suscriptores de es-
ta Revista, hemos adoptado
una nueva forma para que
puedan adquirir las obras de
la Sra. Directora de un modo
fácil y económico, la cual
podrán ver anunciada en la
última plana del presente
número.

SUMARIO.

¡So corred á los niños!—Sobre la tumba de mi queri do tío
poesía.—Sección doctrinal. La senda del cielo.—
Á la Srta. D^a M. V. L., poesía.

¡SOCORRED Á LOS NIÑOS!

Nunca me cansaré de enaltecer tus excelen-
cias, divina caridad cristiana, hija predilecta y
hermosa de Dios, y flor de la corona de tu Rei-
na, la clementísima Virgen María.

Tú eres la virtud que mas asemejas el alma á
Dios, porque como Él eres imperecedera y eterna.

La fe y la esperanza tus hermanas, morirán
con nosotros, terminarán en nuestra tumba; la
primera, porque ante la plenitud de la eternidad,
el alma penetrará los insondables misterios que
aquí en el mundo solo podía comprender ó adivi-

nar por ella, y porque ya traspasado el dintel de la vida, no será la fé de nuestro espíritu la que nos haga ereer, sino la asombrada mirada de nuestros ojos la que nos haga ver.

La segunda, porque al llegar nuestro juicio supremo, acabará su reinado en el corazon del hombre. Una vez pronunciada nuestra eterna sentencia, ya no habrá consoladoras esperanzas, que alumbren nuestra senda, nos den aliento, y nos sostengan en el triste camino de la vida. ¡Entonces solo habrá certezas inapelables! ó la realidad de una eternidad inacabable de tormentos, ó la realidad de una gloria imperecedera y sin fin.

Pero tú, caridad cristiana, tú vivirás siempre con los justos, porque tu reinado está en la inmortal Jerusalem, porque tu trono está asentado en el corazon de un Dios! porque el amor es el goce primero de las almas bienaventuradas: y el immaculado corazon de Maria, y el triple y único corazon de la Trinidad Suprema, y los espacios infinitos, y el santuario de la divinidad; todo está anegado en las purísimas olas del amor divino! ¡amor sin fin, inconmensurable y eterno! ¡himno que brota perenne y hermoso de las arpas de los ángeles, de los salterios de los profetas, de los labios de las vírgenes y de los santos, y que repite como un eco la incomprensible é inmensa eternidad!

¡Bendita seas tú caridad divina, bendita seas, porque á pesar de tu grandeza enjugas las lágrimas de los pequeños y no te desdeñas de descender al corazon de los humildes!

¡Bendita seas tú, que proporcionas hermosas recompensas y goces tan íntimos, que nos dan una idea de los goces del cielo!

Y en efecto, algo de puro y de celestial habia en la expresion de placer que reflejaba el semblante bello y suave de una pobre jóven, que, sentada junto al hogar de su humilde casa sostenia sobre sus rodillas un niño de cuatro años apenas, á quien repetia por centésima vez la sublime oracion del Padre nuestro.

Un anciano pobremente vestido, con la vista fija en ambos, enjugaba de vez en cuando, con su temblorosa mano, una lágrima que rodaba por sus mejillas curtidas por los vientos de setenta años, mientras que con la otra pasaba las cuentas de un rosario, lustroso y desgastado por aquel perenne contacto.

—¡Válgame Dios, hija mia, murmuró al fin, que trabajo te tomas por ese niño! y como yo, sin pensar en las consecuencias de lo que hacia, he venido á aumentar nuestra miseria y tus cuidados, trayéndole á nuestra casa!

—No se apure V. por eso, padre, respondió la jóven con dulce voz, Carlos me paga con su cariño lo que hago por él, y sobre todo ¿qué seria de esta pobre criatura si nosotros le abandonásemos?

—Oh! tienes razon, cuando le encontré aquella noche, hace ya un año, sentado en la puerta de la iglesia inmediata, sus miserables vestidos estaban empapados de agua, sus pies llenos de lodo y llenos de sangre, sus manecitas tan entumecidas que no podian asirse á la mano que yo le tendia, y hubiera muerto de frio sobre las losas de aquel pórtico si no te lo hubiese traído aquí, y si tú, hija mia, no te hubieras convertido para él en la madre que no tenia.

—Y por la cual le enseño á que reze todas las noches! De todos modos, Dios nos le envió sin duda, y queria que le amparásemos, cuando lo puso ante su paso de V.: cumplamos pues su voluntad y no pensemos en lo demás: si algo hago por él, sobradas alegrías encuentro en sus sonrisas, en sus palabras de afecto. Porque ¿tú me quieres mucho, Carlitos, es verdad?

El niño por toda respuesta se estrechó contra el seno de su bienhechora, que cubrió su frente de besos.

Pobre criatura! solo tenia en el mundo la compasion y el amor de aquellas personas que, casi tan pobres como él, le habian amparado en su desgracia.

Porque Carlos era hijo de una mendiga, de uno de esos seres que nadie sabe de donde vienen ni á donde van, y que víctima del hambre, de la miseria ó la enfermedad, habia muerto sobre el lecho de un hospital, sin dejar á su hijo, protector, ni amigo, ni pariente alguno. El dia primero que Carlos se vió solo en el rincon del húmedo y estrecho sótano que le servia de morada, se dirigió á la puerta del templo donde su madre tenia costumbre de ir á pedir una limosna.

¡Tal vez el inocente desamparado, ignorando su desgracia y su horfandad, tenia esperanza de encontrarla allí! ¿Qué sabia él, á los tres años, ni de la vida ni de la muerte?

Sentado pues en las gradas de la iglesia pasó todo el dia, fijando sus ojitos en cuantos pasaban y preguntándoles con sus tristes miradas donde estaba su madre.

¡Nadie le prestó atencion! nadie puso una moneda en aquella pequeña manecita que temblaba de frio! ¡nadie escuchó aquella voz que pedia pan, nadie acalló con una caricia aquel apenado llanto, ¡ay! nadie, nadie acudió en socorro de aquella infeliz criatura que gemia de hambre y de frio, abandonado en las gradas de un templo!

Vino la noche y le envolvió entre su manto como una madre cariñosa, pero ¡ay! aquellas sombras eran tan tristes, que solo dieron miedo y espanto al inocente huérfanito!

Pasaron las nubes y se agruparon en el espacio, dejando caer en torno de aquella criatura las anchas gotas de la lluvia, como un llanto del cielo, que venia á mezclarse silencioso con sus silenciosas lágrimas!

Pero ¡ay! que aquella lluvia destrenzada y monótona, empapó sus ropas, trocó en helado lago las losas en que se hallaba, y aumentó su mal sin consolarlo, porque el consuelo de los desamparados solo puede venir de Dios, y de la caridad, su santa hija!

Esta, sin duda compadecida de aquel niño, guió hasta allí los pasos del viejo José, he hizo penetrar en su corazón la voz de aquel ángel que demandaba socorro.

Tomole en sus brazos, le condujo á su casa, y depositándolo en la falda de Rosa,

—Mira, hija mia, mira, la dijo, el hallazgo que Dios me acaba de ofrecer.

Rosa tomó al niño; le dió pan, le dió abrigo, y lo que es mas aun, le dió un lugar en su corazón, siendo desde aquel dia una madre para él.

Y sin embargo aquella familia era muy pobre! el padre era tan viejo que no podía trabajar! la niña débil y enferma, mantenía al anciano con mil afanes.

Cuando los vecinos de la humilde casa que habitaban les vieron adoptar al huérfanito, se deshicieron en murmuraciones y en críticas.

¿Para qué querían á aquella criatura? de qué iba á servirles? ¿como la iban á sostener? todo esto les preguntaban á cada paso, aconsejándoles que le llevaran á la Inclusa.

Y luego, Carlos era feo, raquítico y enfermizo. La naturaleza como la suerte se habían unido para negar sus dones al infeliz niño.

Solo sus ojos eran hermosos, grandes é inteligentes: solo su mirada clara y serena y bella, cautivaba á cuantos se fijaban en él, y era por que el alma se reflejaba en aquellos ojos, y el alma de aquel niño era muy grande y muy sublime.

Pasó algun tiempo.

José se imposibilitó enteramente.

Rosa trabajó mas y se puso mas triste, semejante á la flor que lleva su nombre y que palidece y se deshoja cuando la falta el rocío de la aurora, cuando la falta un rayo de sol.

La pobre niña que se ocupaba en hacer encajes para las tiendas, sentía que algunas veces la seda se escapaba de entre sus dedos y á sus ojos

se confundían y se borraban las flores que el trabajo hacía brotar de sus manos.

Ay! habia visto tantas noches y tantos dias pasar, con la cabeza inclinada sobre la labor, que no era extraño que sus ojos se turbasen y que su vista se oscureciera!

Cárlos la miraba tristemente y nada podía hacer, aun que su corazón se oprimía dolorosamente cuando oía que repetían á su alrededor.

—Pobre Rosa! vá á quedarse ciega, y luego con el cuidado de ese niño! ¿á qué le querrá conservar á su lado? es un muchacho tan chico y tan contrahecho que no servirá nunca de nada!

Estas palabras pronunciadas un dia y otro en su presencia, hicieron en aquella tierna alma una impresion profunda. Se creyó inútil en el mundo, se creyó excluido de todo amor y sin derecho á la existencia; y mirando la vida por un prisma muy triste, suspiró con afán por el cielo!

—¡Que no hago falta, que no sirvo para nada! pensó con pena. ¡Dicen bien! oh! si yo pudiera hallar el modo de ser útil para algo!

Y sin comunicar á nadie sus pensamientos, estos se fijaron de un modo indeleble en su infantil y angustiado corazón.

Y Rosa empeoraba de dia en dia, y el anciano cada vez necesitaba mas cuidados!

Y el pobre niño, cuya alma aleccionada por la desgracia, sentía mas profundamente de lo que á su edad podía suponerse, tomaba parte en las penas de sus bienhechores, y lloraba en silencio, sentado siempre en el mas apartado rincón de su miserable aposento.

Pobre niño! pobre ángel desheredado por la suerte! cuantas veces miraba con codiciosos ojos el pan que Rosa le alargaba, y viendo que era el único que habia en la casa, y que el anciano tenía hambre también, lo rechazaba con su manecita escualida y pequeña, y murmuraba con dulce voz,

—No tengo gana! no tengo gana! dáselo á padre, que no ha comido hoy!

Rosa lo creía! ay! Rosa á pesar de todo no era su madre!

Por otra parte ¿quién habia de comprender tanta abnegación en un pobre niño de tan pocos años?

Y Cárlos enflaquecía, y cada dia su rostro deformaba y sin belleza se tornaba mas pálido y mas marchito! y cada dia la tristeza de su alma se reflejaba en sus hermosos ojos azules, tan claros y tan puros como una noche serena.

Humilde, obediente y resignado hacia todo cuanto Rosa le mandaba, con un afán y una voluntad superior á sus fuerzas.

¡Pero era tan débil! aquel cuerpecito endeble, podía tan poco!

La joven le había enseñado á rezar, le había enseñado á creer en Dios, á esperar en la misericordia divina, y Carlos cuando veía llorar á Rosa, lloraba también, alzando instintivamente su mirada al cielo y pidiéndole por su protectora.

Llegó un día en que Rosa no pudo concluir su labor, no pudo llevar sus encajes á la tienda en que trabajaba.

¡Aquel día no tuvieron pan! y sin embargo era un día de fiesta y regocijo general! día en que la cristiandad celebra llena de gozo el nacimiento de un Dios niño!

El viejo José llamó á su hija dos ó tres veces y le dijo que tenía hambre.

La pobre joven lloró en silencio, pero nada pudo hacer.

Carlos, inspirado por una súbita idea se levantó en silencio y se deslizó, sin que nadie pudiese verlo, por la entornada puerta de la habitación.

—Yo pediré á todo el que vea que me den dinero para ellos! pensó; si yo fuera grande, si y pudiera trabajar!

Y dando algunos pasos se encontró en medio de una calle cruzada en todas direcciones por una multitud alegre y dichosa.

El niño tendió su mano á muchas personas, pero ¡ay! la tendió en vano!

Nadie quiso oírle! todos miraban con desden á aquel niño harapiento, feo y contrahecho! todos se alejaban de él con una especie de repugnancia!

¡Infeliz criatura, alma de ángel encerrada en un cuerpo estrecho para tí, cuantos serafines irían cantando tus amargos dolores y recogiendo entre sus alas de oro las lágrimas dolientes que rodaban por su tímido y angustiado semblante!

Oh! por qué nadie tuvo compasión de tí? ¿por qué nadie se conmovió con la tristeza de aquel pobre niño, la mas melancólica y angustiadora de todas las tristezas de la tierra?

Un niño triste y llorando!

Oh! preguntarle á una madre lo que significa esta palabra y ella os contestará con una lágrima, arrancada de lo profundo de su alma, que no hay un dolor más simpático y mas conmovedor que el de la infancia y la inocencia!

Pasó todo aquel día!

Carlos no sabía que hacer, tenía miedo, el hambre hacia que sus piernas temblasen y que los objetos dieran vueltas en derredor.

Falto de fuerzas se sentó á la puerta de un templo, y allí lloró en silencio por largo rato.

No sé, no encuentro frases para explicar lo que pasó en la mente de aquel niño, que sintiendo en su alma el desamparo de los hombres, pensó en el cielo, pensó en Dios, pensó en la Virgen María, Reina de los Ángeles, y madre de los niños sin ventura!

—Oh! se dijo: ella tendría lástima de Rosa que es una santa, de su padre que es un anciano! si yo pudiese ir al cielo á pedir por ellos! los niños que mueren y que han sido buenos, dicen que están allí á los pies de la Virgen. Si yo pudiera morir!

Un deseo, un solo deseo llenó desde entonces el alma de Carlos.

Un anhelo, un solo anhelo se pintó desde entonces en su pálido y doliente semblante:

¡El de morir para ir al cielo á pedir por sus bienhechores!

Pobre niño! en su inocencia ignoraba que Dios que nos dá la vida es el único arbitro de ella, y que ni aun tenemos el derecho de ansiar por ponerla de nuevo en sus manos! ¡ignoraba que el navegante no puede apresurar su llegada al puerto! que el que nació esclavo del pecado no puede romper su cadena para apresurar su libertad!

Carlos suspiraba por volver á su patria inmortal, pero ¡ay! no era por librarse de la miseria y de los dolores que le cercaban do quiera! era para pedir allí gracia y misericordia para los solos que en la tierra le habían amado! era porque aquel alma bella y santa y purísima encerrada en un cuerpo pequeño y miserable, no tenía para pagar la deuda de su gratitud sino la vida, y la vida anhelaba dar, en cambio de los favores recibidos, juzgando en su dolor que solo de este modo podía ser útil á los que amaba.

Oh! tenía razón! el mensaje llevado al cielo por aquel alma inocente, debía necesariamente encontrar eco en el corazón de Dios!

Pasó mucho tiempo! Carlos arrodillado sobre las gradas de piedra, rezó mucho, lloró mucho también, y sintió en su espíritu de ángel las voces de los ángeles sus hermanos que le llamaban desde el cielo!

El viento de la noche extendía su soplo helado sobre la frente de aquel niño y azotaba su rostro, y agitaba sus cabellos, y penetraba por sus labios que se entreabrían para dar salida á sus gemidos, y el viento de Diciembre es tan sutil, que puede matar al que lo aspira.

Las gentes al pasar miraban á aquella criatura desvalida sin pensar cuanto de noble, y grande se ocultaba bajo aquella pobre apariencia.

Algunos solían decir;

—Ese muchacho se va á helar! ese chico se va á morir de frio si permanece mas tiempo ahí! Ay! estas palabras llegaban como un eco de esperanza á los oídos del pobre niño.

Se va á morir! Oh! que esto era lo que anhelaba! por eso ¡ay! por eso resolvió permanecer en aquel sitio.

—Mañana, pensaba, mañana estaré ya en el cielo! porque yo no he sido malo, no, no lo he sido: y en su afán por arribar á las moradas eternas, volvía los ojos á su corta vida pasada y solo hallaba en ella privaciones, miseria y sufrimientos! ¡y la noche siguió su curso, y los transeúntes fueron desapareciendo... y las luces se extinguieron, y el viento sopló con mas fuerza... y á lo lejos... muy á lo lejos se escuchaban de vez en cuando los cantares del pueblo que celebraba la Noche-buena!

Cárlos los oía confusamente... sus miembros se fueron agarrotando, las lágrimas que brotaban de sus ojos se cuajaron como dos diamantes sobre sus flacas mejillas... el aliento se apagó entre sus morados labios... las campanas sonaron por doce veces y los ángeles entonaron un himno de gloria saludando al niño que arribaba á los cielos, mientras los hombres elevaban sus cantos al Dios Niño que nacia entre hielos!

Al abrir la puerta del templo al otro día para tocar á misa primera, se encontraron el cuerpecito de un niño rígido y sin vida, con los brazos en cruz sobre el pecho y con dos gotas de llanto heladas en las pestañas!

La multitud que se reunió en torno del pobre cadáver, se conmovió profundamente; hubiera querido remediar aquella desgracia! pero ¡ay! era tarde, era ya muy tarde para ello!

¡La compasión tardía es tan inútil como impotente!

El cadáver de Cárlos fué conducido al cementerio solo, sin luces, sin flores! tal como siempre había vivido.

Rosa le esperó en vano mucho tiempo, y lamentó su pérdida mas, cuando la Providencia, por uno de esos milagros inesperados, remedió su miseria haciendo que un pariente lejano les dejase al morir una escasa herencia.

En medio de su bienestar soñó una noche que Cárlos, resplandeciente de luz y hermosura, se acercaba á su oído, y le decia con dulce voz,

—¡Yo soy un ángel y ruego por tí! tú fuiste caritativa conmigo en el mundo y yo he querido subir á los cielos para pedir allí tu recompensa! Bienaventurados los misericordiosos por que ellos alcanzarán misericordia!

Oh! sí: ¡bienaventurado el que se compadece del triste, porque será consolado!

¡Dichosos, dichosos los que tienden su mano al pobre, los que escuchan el ruego del niño, los que enjugan el llanto de la infancia que padece!

Ay! almas en quienes Dios deposita el inextinguible tesoro de la caridad, si un niño arapiendo y encogido y triste os tiende su mano pidiendo amparo, acordaos del pobre Carlos y no le dejéis pasar sin socorrerle, ¡quien sabe la historia de lágrimas que hay escrita en aquella frente! ¡quien sabe si morirá como él, por no encontrar quien le socorra!

No, no volvais la vista, no cerreis el oído á su súplica; no dejéis el ampararle para mañana, mañana seria ya tarde! ¡La infancia está débil! es la flor que aun no tiene raíces en la tierra y que un soplo de viento puede arrancar! es la llama no bien prendida que una ráfaga de aire puede apagar. ¡Tened piedad de ellos, tened misericordia de los niños pobres que no saben si no llorar!

Hoy, hoy mismo podeis enjugar las lágrimas en muchos ojos inocentes, acallar el suspiro de muchos purísimos lábios, consolar en fin muchos pesares.

Venid conmigo, venid á las puertas de ese santo asilo abierto por la caridad y sostenido por la sabiduría y la virtud. Ese templo, ese altar, esos niños agrupados en torno de él, esa caridad que las escuda, es la obra de José de Calasanz. Allí están las escuelas pías de Granada, allí se enseña, se alimenta á la niñez. Allí podeis depositar el óbolo de vuestra caridad, y cien madres, y cien pequeñuelos pagarán con una lágrima y una bendición el donativo que vuestras manos entreguen para ayudar á vestir los niños pobres y sin amparo.

Escuchad la voz de los ángeles que llama suavemente á las puertas de vuestro corazón agitando un momento su latido:

Escuchad la voz del mismo Dios que murmura al ofrecernos un cielo «por que tuve hambre y me disteis de comer, porque estuve desnudo y me vestisteis» y socorred á los niños que os piden una limosna en nombre de Dios!

Oh! caridad, divina caridad cristiana hija de Dios: consoladora, inextinguibles y eterna como Él ¡bendita seas! (1)

Enriqueta Lozano de Vilchez.

(1) Si alguna persona compasiva quiere dar una limosna para ayudar á vestir á los niños pobres que concurren á las Escuelas pías, podrá entregarla en el colegio de padres Escolapios, donde dichos niños se acogen.

SOBRE LA TUMBA DE MI QUERIDO TIO,
EL SR. D. JOAQUIN MOLINA DE LA CRUZ.

UNA LÁGRIMA.

Mi ciudad desconocida
Córdoba: ¡ay! cuanto diera,
Por que mi alma dolorida
De triste dolor-henchida
Verte ahora consiguiera!

¡Con cuanto afan y ternura
Me dirigiera hacia tí,
Por ver la noble figura
Del que causa mi tristura
Y al que apenas conocí!

¡Con qué abandono doliente
Dejara correr mi llanto
Y contemplara la frente
Del que mi amor inocente
Robó con su afecto santo!

Mas ¡ay! que no puede ser:
Que muriendo de mí lejos,
Su rostro no podré ver,
Ni de su amor los reflejos
En su mirada leer.

Por eso envidio la suerte
Del lirio, que con empeño,
Guarda su materia inerte
Entre las sombras de muerte
Que envuelven su eterno sueño.

Y envidio á las rosas bellas
Que velan su sepultura,
Y á las nítidas estrellas
Que contemplaron las huellas
De su sincera ternura.

Y con ráudo pensamiento
En alas de mi delirio
Derramando mi tormento
Voy junto á él con el viento
En alas de mi martirio.

Y allí con dulce consuelo
Derramo mi llanto ardiente
Y envío hasta el alto cielo
Mi tierno y amargo duelo
Entre mi ruego doliente.

Y se aleja, y lloro herida
Con tierno y amante afan
Porque no vuelve, y sumida
En el dolor de la vida
Mis horas pasando van.

Y con mano temblorosa
Pongo en su tumba una flor.
Y al retirarme llorosa
Dejo en su cáliz de rosa
Una lágrima de amor.

MARÍA HURTADO.

San Vicente de Munilla.

SECCION DOCTRINAL.

LA SENDA DEL CIELO.

(CONTINUACION.)

Cuando la Marquesa quedó sola, se dirigió á su gabinete, y despues de dar licencia á sus nietos para que se fuesen á pasar la noche con Anita, mandó encender luz y se puso á hojear su libro de oraciones, ínterin llegaba la visita que esperaba con alguna impaciencia.

Media hora no habia pasado aun, cuando Petra, el ama de llaves, levantó la cortina de damasco encarnado que cubría la puerta, murmurando desde allí,

—Aquí está el señor cura, señora, que pide permiso para entrar.

—Que pase, que pase al instante, respondió la Marquesa poniéndose respetuosamente de pié para recibir al ministro del Señor.

Este era un venerable anciano, de alta estatura, cabellos blancos y mirada dulce, expresiva y bondadosa como su sonrisa, en la cual se reflejaba su alma.

Tendió la mano á la noble señora, que á pesar de su posición, de sus riquezas y su título, la besó humildemente, dando así muestras de amor y respeto filiar al que era padre cuidadoso de su alma.

—Oh! perdone V. que le haya hecho venir, dijo al sacerdote ofreciéndole un sillón colocado junto á un velador, perdone V. que le haya hecho venir: pero necesitaba consultar un asunto al cual no sé dar solución por mí misma, y necesito pedirle consejo.

—Ya sabe V. E. que estoy siempre dispuesto á complacerla.

—V. E., V. E.! Oh! suprima V. ese tratamiento, y deme solo el nombre de hija, el cual, si no lo justifican mis años, lo autoriza su augusto carácter.

—Sea como V. quiera, hija mia; pero sepa yo en que la puedo ser útil.

La Marquesa entonces contó al ministro de Dios, todo

cuanto sabia acerca de Lorenzo, de una manera clara y concisa, diciendo para terminar:

—Desde ayer tengo en mi poder esta carta, que como ya he dicho á V. encontraron mis nietos, y la cual, despues de oida la relacion del señor Nicolás, acaso nos dará luz sobre este asunto, y ¿quién sabe los beneficios que podemos esperar de ella para el desgraciado mendigo? ábrala V. pues, y sepamos á que atenernos.

—Cuando Dios la ha puesto en nuestras manos de un modo tan inesperado, y precisamente hoy, es porque és su voluntad que tomemos parte en este asunto. Rompamos este sello con intencion de hacer el bien, y sepamos lo que esto és.

El sacerdote tomó la carta, y leyó en el sobre las mismas palabras que la Marquesa le habia repetido, «Sed la depositaria, Virgen Santísima, de este papel que encierra el porvenir de mi esposo.»

Le abrió con mano segura, y empezó á examinar su contenido.

Aquel papel era una especie de declaracion, en que un moribundo expresaba su última voluntad, y decia así:

«Á punto de morir, y temiendo cualquier atentado de parte de mis parientes Alejo y Domingo Clavé, para inutilizar ó destruir mi testamento, quiero declarar mi última voluntad antes de abandonar este mundo. Esta voluntad libre y espontánea és, que mis bienes todos pasen á poder de Lorenzo Espinel, en pago de los cuidados, lealtad y desinterés con que me ha servido, excluyendo completamente á mis parientes de toda participacion en esta herencia, y negándoles enteramente mis riquezas, como ellos menegaron su apoyo y su cariño en otro tiempo. Para que todo esto pueda suceder como yo deseo, entrego esta declaracion esplicita y terminante á Dolores Gil, por ausencia de su marido Lorenzo, el cual en cualquier tiempo, queda autorizado á reclamar y á obtener mis bienes, como legitima propiedad suya»

A estas palabras, escritas con mano temblorosa, pero de una manera clara y precisa, seguia la firma de Damian Clavé, y la fecha del dia anterior á la muerte de aquel.

—Oh! esto es grave, hija mia, dijo el anciano sacerdote, despues de haber terminado aquella lectura, y es preciso tomar una resolucion.

—Y ¿qué debemos hacer?

—Participar á Lorenzo nuestro hallazgo y obrar segun su voluntad.

—Tiene V. razon padre mio, y mañana lo haremos entre ambos, si V. quiere seguir ayudándome.

—Ya sabe que puede contar conmigo, mucho mas, cuando Lorenzo es pobre, y si ha de hacer valer sus derechos tendrá que vencer grandes inconvenientes.

—Olvida V. padre mio, la ayuda que puede prestarnos el señor Nicolás?

—Si está resuelto á ello...

—Sí que lo está: su arrepentimiento es sincero.

—Entonces...

—Mañana, cuando por la tarde se retiren mis amigos, mis amigos con quienes paso algunas horas todos los dias dulcemente ocupada por cierto; yo detendré á Lorenzo, y rogaré al señor Nicolás que se quede aquí: les reuniremos á ambos en este sitio, y entre todos se verá lo que debe hacerse.

—Aquí vendré mañana, hija mia, puesto que juzga mi presencia útil.

La Marquesa se levantó, sacó de su secreter algunas monedas de oro y las puso en la mano del anciano párroco, diciéndole muy bajo,

—Creo que hay en el pueblo algunos enfermos bien pobres: socórralos V. padre mio, y haga menos penosa su desgracia.

—Lo haré en su nombre, y las bendiciones de esos infelices serán la recompensa mas dulce que puede ofrecerla Dios.

—No, padre mio, socórralos solo en nombre de Aquel que cuida del humilde insecto y del pequeño pajarillo, y que no puede abandonar jamás á sus hijos cuando padecen.

El sacerdote se alejó, admirando á aquella noble anciana que hacia el bien por el solo placer de hacerlo, y sin buscar en la ostentacion ni en la publicidad el premio que Dios y su propio corazon se encargarian de ofrecerle.

IV.

—Amigos mios, mis queridos hijos, decia al otro dia la Marquesa de la Fé al ver reunido ante ella su sencillo auditorio. Ayer me quedó por deciros una cosa que no debemos olvidar, puesto que con cuanto mas frecuencia podemos hacerlo, es menester que la sepamos practicar.

—Como? pues que nos vas á decir abuelita? preguntó Julieta, á quien interesaba vivamente cuanto la enseñaba la Marquesa.

—Ya os dije que en el segundo Mandamiento, era preciso tratar de los votos ó promesas hechas á Dios, ó ha alguno de los Santos.

—Sí, ya lo recuerdo, exclamó la niña, ¿pero acaso es malo el hacer promesas? ay! entonces yo estoy pecando á cada paso, pues no hay dia en que no haga dos ó tres.

—De veras? murmuró la anciana sonriendo.

—Sí, si, mamá:

—Yo no creia...

—Pues mira: cuando estudio mis lecciones y no las puedo aprender bien, ofrezco á mi ángel custodio rezarle uno ó dos Padres nuestros, si me ayuda á que las sepa; cuando pierdo cualquier cosa, cuando pienso, sobre todo, que te puedes enfadar conmigo, ¡oh! entonces hago promesa á todos los santos, porque esto no suceda y estoy segura que me oyen, pues por muy mala que haya sido, siempre tú, abuelita mia, acabas por perdonarme.

La anciana se enjugó una gota de llanto que la ternura hizo brotar de sus ojos, al medir la bondad suave de aquella alma angelical y pura.

Atrajo hacia sí á la niña, beso su frente, y continuó de este modo.

—Las promesas hechas á Dios le deben ser muy agradables, puesto que siempre consisten en practicar algo bueno en honor suyo. Pero conforme se menosprecia al que falta á su palabra con los hombres, y aun se le castiga cuando no cumple sus compromisos, así es culpable el que olvida lo que ofreció á Dios y no realiza sus promesas.

Debemos, pues, meditar mucho antes de hacerlas, pues una vez formuladas, tenemos una imprescindible obligacion de cumplirlas. «Cuando hubieras hecho un voto al Señor, dice la sagrada escritura, no tardes en cumplirlo, por que el Señor te pedirá cuenta de él; y si tardares, tu demora se te imputará á pecado» Ya veis pues, amigos mios, como mis consejos están apoyados siempre por las innegables verdades divinas.

- Oh! abuelita, dijo Adolfo; ahora recuerdo una cosa,
 —¿El qué; hijo mío? preguntó la anciana.
 —Que debo remediar un mal.
 —Cual?
 —El mismo de que nos hablas.
 —Espílicate.
 —Un día... hace ya tiempo! papá me había prohibido bajar al jardín, y sobre todo acercarme al estanque.
 —Muy bien hecho! aquel sitio es peligroso.

(Continuará.)

Enriqueta Lozano de Vilchez.

A LA SRTA. P.^a M. Y. L.

Niña, que al blande arrullo
 de la esperanza,
 elevas tus pupilas,
 tu frente alzas:
 oye esta trova
 inspirada en el fuego
 de tus virtudes
 y de tu gloria.

Viste allá en la llanura
 flores y arroyos,
 pobladas alamedas,
 gigantes olmos;
 á cuyo encanto
 corren valles, colinas,
 selvas frondosas
 fuentes y pájaros?

Dí ¿no has vuelto tu vista
 sobre esas flores,
 que reflejan la vida
 de nuestros goces?
 pues todo canta
 á ese Dios, que se posa
 sobre los cielos,
 sobre la nada...

Tú como flor del valle,
 dále tu aroma
 Que él ceñirá á tus sienes
 una corona,
 y oirás los plácemes,
 de sus padres, del cielo,
 de tus hermanos
 los bellos ángeles.

DOMINGO ARJONA.

OBRAS DE LA SEÑORA DOÑA ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

SU PAGO 4 REALES MENSUALES.

Queriendo mostrar de algun modo nuestra gratitud á los señores suscritores á *La Madre de Familia*, les anunciamos que los que quieran adquirir alguna ó todas estas obras, podrán recibirlas sin tener que desembolsar su importe de una vez, y abonándolas á razon de 4 reales mensuales, recibiendo sin embargo, las que indique á vuelta de correo.

Los cuatro tomos siguientes son en fólío con grabados y mil columnas de testo cada uno, conteniendo las novelas que se espresan á continuación:

	PRECIOS.	
	Para los suscritores á <i>La Madre de Familia</i> .	Para los que no son suscritores.
	Reales.	Reales.
TOMO I.		
Lágrimas del corazon.—Consuelo.—		
La paloma de los cielos.—La mision de una madre.—El noble y el mendigo.—Delirios de la ambicion.	30	40
TOMO II.		
Buena hija y buena esposa.—La flor del valle.—El lucero de la tarde.—Magdalena.—Culpa y perdon.	30	40
TOMO III.		
Guirnalda de la niñez, coleccion de cuentos morales.—El sueño de un ángel.—Cecilia.—Juicios de Dios.—Una palabra perdida.—Luz y tinieblas.—La lira cristiana, coleccion de poesias religiosas.—El ramo de violetas, id.—Perlas y lágrimas, id.	30	40
TOMO IV.		
Juan, hermano de los pobres, novela histórico religiosa.	30	40
ESCENAS DEL HOGAR,		
un tomo en 4.º con las novelas sigtes:		
La senda de espinas.—Un rayo de luz.—La miopía del alma.—Al pié de una Cruz.—La sombra de una madre.—Un amor del cielo.	6	8
La ruina del hogar, drama de costumbres.	6	8
La primera duda, id. id.	6	8
LA MADRE DE FAMILIA.		
Revista literaria, un tomo perteneciente al año 76.	24	30
Id. id. del 77.	24	30